

ficos libretos de Wágner. Llenos de simbolismo y de sentido tradicional, hay en ellos siempre mucho drama, mucho amor, mucha vida, mucha muerte, y ese elemento fantástico y sobrenatural, que tanto se presta a los esplendores del escenario. Nada de esto encontramos en *Resurrección*, donde todo es sombrío, feo y triste, con la abrumadora tristeza eslava, capa de nieve manchada por la tierra oscura. Lo que en el libro cautiva, en la escena aburre. Y no cabe otra palabra: en *Resurrección*, los espectadores se han aburrido de muerte.

¿Es que no se producen ya óperas notables? ¿Es que se ha secado esta vena? Porque si así no fuese, habría que mostrarse doblemente severos con la empresa, que nos da cada año cosas más inferiores. El año pasado nos presentó una operita, llamada nueva, pero muy antigua, según resultó, y de la cual he olvidado hasta el título, recordando sólo que era una especie de *Linda de Chamounix* echada a perder, y en ella había una decoración con pinos verdaderos que oscilaban bajo el vendaval furioso, alarde de realismo que nos costó varios sustos, porque, mal asegurados, a poco matan a la triple cayéndosele sobre la cabeza. Era aquello una pesadilla, y en vez de oír a los cantantes, no hacíamos sino temblar. ¡Ay! ¡Ese árbol! ¡Que se tumba! ¡A la una! ¡A las dos!

Es imposible que no existan óperas un poco más interesantes que *Resurrección*, entre las que en Madrid no se han estrenado. Aunque sean antiguas, como *La condenación de Fausto*, que sean al menos bonitas..., y sin pinos.

Afirman que la causa del encarecimiento de los espectáculos es el impuesto de Beneficencia, cargado al público, porque las empresas ya sufren otro perjuicio, el del retraimiento que ese mismo público puede adoptar, porque no es lo mismo pagar cinco que pagar seis, y aunque se suele decir que *tanto da*, ello es que quita uno.

El día en que el público de Madrid se des acostumbre del teatro, al cual hacen tal guerra los cines, y suceda aquí lo que, por ejemplo, en París, donde no va al teatro un solo parisiense, sino solamente la población flotante de extranjeros, claro es que morirá, porque aquí no existe tal población flotante, ni ése es el camino. Es el honrado vecindario el que soporta el peso; el que llena el Real, la Princesa, la Comedia, el Cómic, Lara, Cervantes, Apolo, Eslava y otros «coliseos», y si este artículo, como la carne y el carbón, se pone «por las nubes», reflexionarán mucho los padres de familia antes de llevar al teatro a sus pimpollos.

Yo no entiendo mucho ni poco de Hacienda pública, pero mi razón me dice que estos impuestos de recargo ni son justos ni son útiles. También encarecen la vida, la vida del placer lícito y honesto, tan necesario. En Madrid, se alega, es un problema esto de la Beneficencia; hay una legión de pobres, y el dinero tiene que salir de alguna parte.

Repito que ignoro lo que se hace en otras naciones, donde no sucede lo que aquí, que los pobres salgan al paso, en todas partes, pidiendo, insultando y refunfuñando. Mi razón, sin embargo, me dice que los impuestos no cabe recargarlos a capricho, y que las contribuciones no son para esto ni para aquello; son la base del presupuesto general o municipal, donde debe figurar suficiente consignación para Beneficencia (si es preciso, y yo creo que lo es); pero hallo demasiado cómodo eso de que, al notarse una necesidad, se le imponga directamente al público que la cubra. Aparte de lo eventual que en esta forma pudiera ser el fondo de Beneficencia, el tal sistema abre puerta muy ancha a toda clase de combinaciones. Recargando a voluntad, se irá a donde se quiera ir, porque no hay límite. Parece que los impuestos y arbitrios deben ser fijos, votados en Cortes, y que el arbitrio caprichoso pertenece a épocas económicas cuyo recuerdo se ha perdido.

Y queda por averiguar cómo se emplea y reparte y aprovecha ese fuerte recargo, y qué incremento ha tomado la Beneficencia merced al sistema actual. Caritativo por fuerza, el vecindario, malhumorado, supone que el aspecto más claro de estas cosas es la protección a los amigos, que necesitan un empujillo, una colocación, un rinconito del presupuesto. Esto será malicia de la gente, pero el asunto merece estudiarse, y deseo tener disponible un poco de tiempo para enterarme de la organización de tan importantes servicios, para los cuales Madrid da más de lo que parece, ya sea en la forma reciente del recargo, ya en la constante y cada vez más fructuosa de donativo voluntario. Es increíble el número de subcripciones, las funciones benéficas que al año se realizan, las limosnas particulares; en cuanto a los Roperos, como el de la Reina Victoria, son una vasta red en que están envueltos todos, chicos y grandes,

y se reparte una cantidad realmente crecidísima de prendas, nuevas todas; trajes, mantas, calzones, sábanas, camisas, equipos. Y con tanta caridad, y con tanto apretar, y con todo lo que por diversos conceptos se destina a remediar la miseria madrileña, he aquí que la miseria continúa, y nos acosa, y nos aflige.

Por otra parte, no me inspira gran confianza, para el remedio de la miseria, (hablo de una miseria general, colectiva, como se asegura que es la de Madrid), el paliativo de la beneficencia. Las instituciones benéficas, con razón lo dice Heriberto Spéncer, son para los casos excepcionales, y sólo ese carácter puede atribuírseles. Si la miseria cunde tanto que adquiere forma epidémica, los remedios han de ser otros. Abaratamiento de las subsistencias y artículos de primera necesidad; ahorro nacional. El primer fin se persiguió con la supresión de los consumos; y el resultado ha sido el que nadie desconoce; luego, no era eficaz la medicina. Robusto candor hacía falta para no verlo anticipadamente. El arbitrio se suprimió, pero no se suprimía la afección individual comercial, que cuando tiene pretexto para encarecer los artículos los encarece, y cuando hay motivo para rebajarlos, no los rebaja. Sucede con esto de los consumos lo que sucedía con el alza de los francos, en las novedades. El alza del cambio sirvió para establecer el alza de los precios, pero los cambios bajaron, y los precios no.

El único medio de abaratar las subsistencias, sería el establecimiento de inmensas cooperativas, fundadas por un *trust* de consumidores, que luchasen así por la vida; y en cuanto al ahorro nacional, si parece que no es compatible con la crisis de miseria, sucede lo contrario: que la miseria impone este fortificante. Francia se ha salvado de muchos peligros por ser un país que ahorra, y hoy en Inglaterra, Lloyd George acaba de implantar ese ahorro con sellos que ya se practicaba en Bélgica, y mediante el cual quedan asegurados contra horribles eventualidades millones de individuos.

Hoy, si es cierto que han subido los artículos de primera necesidad, también lo es que han subido los salarios, toda clase de salarios, en proporción con el aumento del coste del vivir. La vida es más cara, y el trabajo también lo es. Con razón decía un diario, que no es la clase obrera, sino la clase media menesterosa, la que sufre en estos tiempos de escasez.

Es muy raro el español que siente la necesidad de ahorrar. La tendencia de los más pobres, de aquellos cuya existencia es más precaria, les lleva a gastar alegremente, en una hora, lo que ganan en varios días. No creen en ese sellito tan provechoso. ¡Bah! ¡Un sellito! Hablarles de millones, de las esperanzas de la lotería, del teatrillo, de la juega en las Ventas. Así como así, a ricos no habían de llegar... Y pasa la juventud, y se consume el único caudal del pobre, la fuerza, la salud, los ojos, los brazos; y vienen las enfermedades, la vejez achacosa..., y la imprevisión arroja a la calle, a un naufragio, y el ejército de la miseria tiene un nuevo recluta.

La clase pobre con la cual estoy en contacto, son los sirvientes, las costureras, las modistas. Puedo decir que, en tantos años, ningún sirviente de los que he conocido, con sólo una excepción, se ha preocupado de ahorrar un céntimo. Y sin embargo, me consta que podían. El sirviente, que por lo general es soltero, y que tiene habitación, comida, planchado y lavado, médico y botica, y gran parte de la vestimenta, pagado por sus amos, no ahorra la mitad lo menos de su salario porque no quiere. Lo habitual es que lo derroche, y cuando llega el momento de quedarse libres, caen pronto en la miseria también. Salen de las casas vestidos, y al buscar otro acomodo, hallanse ya miserablemente trajeados, lo cual les perjudica para la misma colocación. La ropa decente, la han llevado a la casa de empeños.

Es cosa que ha solido sorprenderme. Cuando pretenden, no tienen ya medios de subsistir. El paro los arruina. Sin embargo, han estado sirviendo en casas de donde saldrían con economías, a poco que se lo propusiesen. ¿Qué se ha hecho del salario, de las propinas, de la ropa negra? Yo pierdo la cuenta de las fámulas que he vestido de negro, que se han ido por ahí muy bien apañadas. ¿Cómo es que no se presentan a pretender con ese decoroso atavío? El sudor, digámoslo así, de los sirvientes, se ha ido cual los dineros del sacristán y si no se colocan pronto, serán también nuevos reclutas del consabido ejército de la mendicidad más o menos encubierta. ¿Que no pueden ahorrar los pobres? Pueden, sí, y son los que más lo necesitan, por lo mismo que no poseen rentas. ¡Pequeño ahorro, utilidad grande, incalculable! Sólo haría falta que se convenciesen, que cultivasen el sellito, que asegure la paz de la vejez.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se encomia la tradicional paciencia del santo Job, se comete una injusticia manifiesta olvidando a los abonados del teatro Real de Madrid. El Patriarca de la tierra de Hus, con su teja para raerse las úlceras, con su absoluta sumisión a la voluntad divina, queda por bajo de estas señoras envueltas en armiños y de estos señores de pechera lustrosa. En el Real quisiera yo ver al buen israelita, si tuviese una platea ó un entresuelo.

Porque siquiera Job no pagaba, y los abonados pagan, ¡vaya si pagan!, y puntual y sahulado. Cada año pagan un poco más, eso sí. Desde los tiempos de á duro la butaca y á peseta la general, ha ido esto como la espuma, hasta llegar al tipo presente, que quizás el año próximo será más alto aun. En el de gracia de 1911, ha pegado un regular brinco. Cada palco cuesta mil ó dos mil pesetas más en la temporada.

¿Y creerán ustedes (es decir, no lo creerán, porque á pesar de la indulgencia infinita de la prensa, todo corre de boca á boca), que con los aumentos de precio vienen las mejoras de servicio y la mayor intensidad artística del espectáculo? Pues sepan que cada vez está más abandonada la *mise en scène*, y cada vez los buenos cantantes, cuando vienen, vienen por menos tiempo, y cantan óperas más flojas.

Este año, Titta Ruffo, la *great attraction*, no pondrá los pies en Madrid. Como un meteoro ha pasado Rosina Storchio, la conmovedora, la sugestiva Manon. En el momento de escribir esta crónica, no asoman otras *estrellas* que la de los Reyes Magos. Y acaban de estrenar una operita, *Resurrección*, que se las trae, vaya si se las trae. La música es de fagot, y el público la ha rechazado, á pesar de lo cual siguen encañandose a los abonados, modelo de resignación cristiana.

Cuando leí en los periódicos que se iba á estrenar una ópera con tal título, auguré muy mal. *Resurrección* es, como todos saben, una novela del conde Tolstoy. Entre los novelistas que han tomado su arte como medio de exponer y defender teorías sociales, sólo Tolstoy consiguió realizarlo sin dejar de ser un gran artista. Zola, al acometer la misma empresa en sus *Evangelios*, cayó en insufrible pesadez, y ni por un momento logró persuadir. La novela de Tolstoy, en cambio, al plantear ciertos problemas (estemos ó no conformes con las soluciones que les dé, lo cual ya es asunto y capítulo aparte), hace vibrar hondamente, con la más noble impresión artística, las fibras del alma. En efecto, cuando somos personas algo abiertas de entendimiento y algo dotadas de sensibilidad, podemos sentir la hermosura de muchas formas de arte, aunque no convenza á nuestra razón lo que tratan de insinuar. De mí sé decir que, no siendo seguramente ni mahometana ni budista, he leído con emoción pasajes altamente poéticos y sublimes de los Vedas y del Korán. Tampoco es menester ser luterano para sentir hasta impresión religiosa con un salmo de Lutero, y en *Hugonotes* hemos saboreado y aplaudido estos salmos. Lo cual declaro para que no se crea que la novela de Tolstoy va envuelta en el juicio poco halagüeño que formo de la ópera. Además, la novela, tan hermosa como reconocemos que es, no sirve para libreto de ópera; ¡qué ha de servir!

Los libretos de ópera necesitan ser dramáticos, antes que psicológicos. Hondas psicologías y extrañas formas del pensamiento religioso y humanitario, nunca darán un libreto de ópera que interese y que inspire. Y no son excepción de esta regla los magní-